á los séres misteriosos que desde esta vida, menos apegados á la tierra que al cielo, hacian que descendiese el rocío para fecundar sus entrañas; pero el catolicismo está muy lejos de haberse estirpado. La cuestion de los conventos en sus relaciones con el interes de la libertad de los cantones, acaba de reunir á la causa de los católicos todos aquellos que quieren permanecer fieles al pacto federal; y así los intereses de la patria se encuentran colocados bajo la salvaguardia de la opinion nacional. Persecucion sistemática de la religion y de sus ministros, esclusion del clero, aun la legal, de toda influencia en las escuelas, insultos al nuncio apostólico, y prohibicion de toda relacion con la Santa Sede: todo se puso por obra para llevar á cabo el proyecto anunciado públicamente de destruir el catolicismo en Suiza. Sin embargo, el canton de Lucerna tiene hoy un gobierno enteramente cristiano, que le conduce por los caminos de la justicia. Ha desaparecido el odio que reinaba entre la ciudad y los habitantes del campo, y restablecídose la antigua union con los primitivos cantones menores. Otros dudosos vacilan, y el catolicismo presenta actualmente en Suiza un núcleo compacto, que impone á los fautores de desórdenes, y regocija aun á muchos protestantes amigos del sosiego. Estos echan en cara á los revoltosos, que han resucitado con su ecsageracion el catolicismo que los primeros creian ya agonizando.

El catolicismo prosigue su marcha en Prusia. En vano se representa como cosa dura el reconocer sus derechos: hay que devolverle la independencia que se le arrebató por maña ó por la fuerza. Con medios mas ó menos vergonzosos se habia podido sin duda adormecer á algunos pastores del rebaño é impedir que diesen el grito de alarma; pero á la voz de la centinela que nunca duerme, todos han despertado. A la voz de Roma han palpitado todos los corazones, y cada cual ha seguido las banderas del sucesor de Pedro. Se han empleado sucesivamente la astucia, la intriga y la violencia para promover un cisma y la creacion de una iglesia alemana. Un estadista hábil é ilustrado (1) habia acreditado sus conocimientos poco comunes en sus escritos y una imparcialidad noble en el juicio que hacia del catolicismo civilizador de la edad media. Demasiado débil para sobreponerse á los falsos principios de la filosofía del célebre Hegel, partidario ardiente de la religion racional, no ha mostrado una adhesion bastante fuerte á la verdad para negar á su pais la orgullosa pretension científica de que ha llegado á la cumbre de la perfeccion intelectual, que coloca á los ingenios de Europa y del mundo entero en una categoría infinitamente inferior á los filósofos prusianos. Sin duda se ha tratado de deslumbrar así á los hombres mas entendidos de Alemania, y ejercer la mas perniciosa influencia sobre el príncipe que la gobierna. Sin embargo, el catolicismo, así con la espada á la garganta como entre las cadenas, no ha cesado de progresar. El arzobispo de Colonia, de quien se ha dicho: *Stat murus pro domo Dei*, ha dado tan bellos ejemplos de una firmeza inalterable, que han comunicado un nuevo impulso religioso á toda la Alemania. La conducta apostólica de este nuevo Atanasio ha llenado de admiracion á toda la cristiandad: los Paises Bajos le enviaron una diputacion para rendir solemne homenaje á sus raras virtudes, y hasta el fin de los siglos se leerán para gloria del catolicismo estas palabras en la cruz que le presentaron: "A Clemente Augusto, baron de Droste de Vischering, arzobispo de Colonia, intrépido defensor de los derechos de la Iglesia, en el siglo XIX, la Neerlandia católica llena de admiracion."

La Rusia, en otro tiempo católica por la conversion de Santa Oma, que introdujo allí el cristianismo hácia los años 955, ha caido á no dudarlo en el cisma. Los católicos que han quedado, sufren innumerables tormentos y se ven precisados á alistarse en las banderas de la barbarie; pero todavía tienen sus iglesias, y permanecen como nunca adictos á la fé de sus padres. Siempre será venerado entre ellos el nombre de Pedro el Grande: vanos serán los esfuerzos para determinarlos á que abracen la religion dominante, y á que declaren que son, sin saberlo ellos, miembros de la llamada iglesia ortodocsa: no puede probarse que hayan reconocido jamás su autoridad, ni responder á la solicitud que se ha hecho para que se presenten las firmas de los católicos en el acta original de sumision. La *summa lex* es la única fórmula adoptada para cerrar las discusiones de esta especie.

Ya van mas de diez y ocho siglos que el mundo ve al catolicismo trabajar sin descanso para ilustrar á los pueblos, para resucitarlos intelectualmente y darles libertad moral. ¿Quién podrá admirar lo bastante cuánto se estiende cada dia el imperio de la verdad religiosa con la palabra de los nuevos apóstoles que van á lejanas regiones á reanimar el fuego de la caridad, á costa de los sacrificios mas penosos á nuestra naturaleza? Estos pacíficos conquistadores, á cuya cabeza aparece el soberano pontífice lleno de solicitud, van á enarbolar la cruz, verdadero estandarte de la civilizacion, la cruz santa en las regiones menos amigas de la hospitalidad. Rivalizan todos en esta carrera, en que se triunfa con el sacrificio y el martirio, y todos tambien concurren poderosamente á la obra de la civilizacion del mundo. Si nos fuera dado poder graduar los progresos que hace el catolicismo entre esos pueblos, que se sabe se arrodillan unas veces ante ídolos estúpidos, otras vagan errantes en lo escabroso de los bosques, y otras caen en el último grado de embrutecimiento; como que no los guia ni la razon humana, ni el instinto de los brutos, sin freno en sus terribles venganzas, devorando la carne de sus semejantes ó bebiendo con placer su sangre, veriamos derramarse tambien con profusion los beneficios del catolicismo donde quiera que ha desplegado su bandera.

Podriamos citar en testimonio los adelantamientos que la civilizacion y la humanidad habian hecho entre los griegos católicos en Damasco, en el Cairo, en Jaffa, en el monte Líbano, desde la publicacion del *hatti-cherif* de 21 de *rajad* de 1247, correspondiente al año de 1830 dado en la cancillería del sultan. Nadie ignora el maravilloso vuelo que ha tomado el catolicismo, y con él el verdadero progreso, en los dos puntos principales del imperio otomano, Constantinopla y Smirna. Allí se mira la iglesia de los misioneros como un puerto de salvacion, hácia el cual se encaminan todos cuantos quieren huir del naufragio del error. Los niños de las casas principales son instruidos desde sus primeros años tanto en las ciencias como en todas las virtudes; y unas hermanas admirables que se hallan donde hay lágrimas que enjugar, é infortunios que socorrer, se ven obligadas á multiplicar sus establecimientos para atender á las necesidades y á las empeñadas solicitaciones de las familias. Los que conozcan los pueblos orientales, sus costumbres, sus preocupaciones, sus usos y prevenciones, no podrán concebir el brillante espectáculo que ofreció pocos meses ha la caridad cristiana al mundo entero en el teatro lastimoso de la devastacion ocasionada por el incendio que consumió cerca de la mitad de Smirna, á no reconocer que el catolicismo ha dado un paso importantísimo para la regeneracion del Oriente. Los pormenores que se nos han trasmitido sobre aquel horrible desastre, nos manifiestan un hecho providencial de grande valor para lo venidero: que el catolicismo solo está destinado á restituir al Oriente la vida social y civilizada que perdió hace siglos. Sábese que en toda la estension del territorio ocupado por los cristianos en Siria reina el órden: que no se ha cometido allí el mas leve acto de violencia ó de pillaje, mientras que, á escepcion de Beyruto y San Juan de Acre, no hay mas que anarquía y desórdenes en los paises sujetos al sultan. Hasta los judíos y musulmanes desean que se estienda allí la dominacion pacífica de los cristianos. ¡Qué alegría y qué gloria para la Iglesia ver postrarse con piedad ante la cruz del Calvario al emir Bechir-el-Kassin, descendiente del falso profeta Mahoma!

La Europa ha resonado con la ardiente apelacion de los cretenses á la opinion pública del mundo civilizado, para sostener en su pais los intereses del catolicismo. Nuestros descendientes leerán tambien con admiracion en los anales de aquel generoso pueblo, la solemne declaracion que hicieron ante Dios y los hombres: "que mártires de la fé han jurado al pié de la cruz, antes morir que someterse de nuevo al yugo de los barbaros." ¿Quién podria referir las suaves emociones que no há mucho se esperimentaron en Roma (1), testigo de la piedad de unos interesantes neófitos, que habian venido de las abrasadoras regiones de la Abisinia, para reconocer á nombre del rey de Ubia la primacía de la silla de Pedro, y reclamar por su intervencion la proteccion de la Francia? ¡Qué bellas esperanzas para la suerte futura del catolicismo! Allí, como en todos los demas puntos del Oriente, su nombre está esencialmente unido al de nuestra patria. No cesa de echar raices muy profundas en las Indias; y la civilizacion que lleva entre los gentiles, hace cada dia asombrosos progresos, sobre todo desde que la ciudad, madre de una legion de intrépidos apóstoles, envió allá valerosas jóvenes (1), para procurar instituciones cristianas á las indias. Cuéntanse ya allí cerca de seiscientos mil católicos.

Y ¡cuánto tendriamos que referir de su feliz influencia en la hermosa colonia que se conocia en otro tiempo con el nombre de Isla de Francia! Parece que la Providencia se complació en proteger la isla de Mauricio con su escelente clima, su magnífica posicion y prodigiosa vegetacion, solo para hacerla mas digna de nuestras simpatías y de las luces de la fé que reflecten en aquellas regiones. Las iglesias católicas son pocas en la China, y las que hay, muy pequeñas para contener el número de unos trescientos mil fieles que se cuentan hasta el dia. Va unida al catolicismo una idea tan alta de civilizacion y de prosperidad, que es opinion generalmente difundida entre los chinos, que ninguna calamidad grave afligirá al imperio mientras quede en pié la santa cruz colocada sobre la torre de una iglesia edificada en otro tiempo en Pekin por Hang-kin, emperador amigo de los cristianos. El Tong-King oriental y la Nueva Zelanda se han abierto ante aquellos que á costa de su sangre van á anunciar la buena nueva, y las tinieblas comienzan á disiparse á los rayos de la luz evangélica. Nadie duda de la adhesion de los tesalios al nombre de Jesus el Salvador y al de la santa Iglesia cristiana ortodocsa, á la que fué prometida eterna duracion. No há mucho que podian leerse estas palabras en su bandera desplegada. Tambien sabemos cuánto ansían en el Cabo de Buena-Esperanza nuevos recursos para levantar monumentos piadosos á la gloria del que vino para regenerar la humanidad. ¿Qué espectáculo mas grandioso que el de los Estados-Unidos que acaba de recoger el digno prelado de Lorena (2)? ¡Oh! ¡cuán dignos son allí los cristianos por su piedad y fidelidad de todas las simpatías de un corazon francés! En las Antillas todo promete un porvenir glorioso al catolicismo. Los esclavos últimamente emancipados gozan ya de sus beneficios y los aprecian: los mismos protestantes de la colonia contribuyen con gusto por su parte para edificar iglesias. No es fácil formar ecsacta idea de los progresos del catolicismo en la Jamaica, á no ser por la viva satisfaccion que esperimentaron los testigos de la conducta admirable de los emigrados de Irlanda, y por la irritacion de la secta de los baptistas, que temen la promulgacion de la fé por los hijos de Erin.

Así, en medio de las tinieblas en que se hallan envueltos aún tantos pueblos, el cristianismo, con la divina antorcha que puede transformarlos en hijos benditos de Jesucristo, camina á la cabeza de la civilizacion, uniendo á todas las naciones con la conversion de las hordas mas salvajes á la unidad de la gran familia humana. Jamás se mostrarán mas dignos de su alto destino los grandes Estados de

(1) Eichhorn, ministro de los cultos en Berlin.

(1) 17 Agosto de 1841.

(1) Señoras de Leon llamadas del Corazon de Jesus y María.
(2) El Illmo. señor de Forbin Janson, obispo de Nancy en Abril de 1841.

Europa, que favoreciendo los medios propagadores del Evangelio, el cual, despues de haber proscrito usos bárbaros, les traerá en retorno lenguas desconocidas, una literatura ignorada y preciosos documentos. ¡Oh Francia, hija primogénita de la Iglesia, no ceses de llenar tu mision providencial para que triunfen los mas tiernos intereses de la humanidad!

El principio civilizador que moraliza las naciones bárbaras, está en manos del catolicismo, y es el de la fraternidad universal. Este principio las reduce, no en fuerza de razonamientos y de ciencia, sino con la sola admision á la comunion de la Iglesia. La unidad le pertenece. El cristianismo es un todo perfectamente armónico: todas sus partes están ligadas; es una cadena que no se puede romper. Gobierno, dogmas, moral, todo en él es convergente hácia la unidad. Bien pueden los políticos oponerse con todos sus esfuerzos á la reunion de los poderes legislativo, administrativo y judicial en las manos de un solo jefe del estado; pero en la Iglesia el poder es esencialmente uno como la doctrina. Todos los miembros del cuerpo sacerdotal enseñan, juzgan y administran; pero cada uno segun el grado gerárgico en que se halla colocado: el soberano pontífice por la divina supremacía, los obispos por mision divina, y los sacerdotes por delegacion episcopal. La unidad forma el complemento y la perfeccion de estos diversos órdenes gerárgicos. No hay mas que un solo episcopado esparcido en todo el universo: á la cabeza tiene el papado, orígen del apostolado, sávia del catolicismo que representa en su unidad la de la fé. Así entendemos el ministerio, decia el gran Bossuet (1): todos reciben el mismo poder y todos del mismo orígen; pero no en el mismo grado ni con la misma estension, porque Jesucristo se comunica en la medida que le agrada, y siempre del modo mas conveniente para establecer la unidad de su Iglesia. Por eso empieza por el primero, y en este primero forma el todo, y él mismo estiende con órden lo que puso en uno solo; y Pedro, dice San Agustin, que en su primacía representaba toda la Iglesia, recibió el primero y el único al principio las llaves que en adelante debian ser comunicadas á todos los demás, para que aprendamos, segun la doctrina de un santo obispo de la Iglesia galicana, que la autoridad eclesiástica establecida primeramente en la persona de uno solo, no se ha repartido sino con la condicion de referirse siempre al principio de su unidad, y que todos aquellos que hayan de ejercerla, deben estar inseparablemente unidos á la misma cátedra. Esta es la cátedra romana tan celebrada por los santos padres, donde como á porfía han ensalzado el principado de la cátedra apostólica de donde parten los rayos del gobierno. . . . . Hé aquí lo que debe quedar segun la palabra de Jesucristo y la constante tradicion de nuestros padres en el órden comun de la Iglesia; y pues que era el consejo de Dios permitir cismas y heregías, no habia constitucion mas firme para sostenerla, ni mas fuerte para abatir éstas.

(1) *Discurso sobre la unidad de la Iglesia.*

Por esta constitucion todo es fuerte en la Iglesia, porque todo en ella es divino y todo está unido; y como cada parte es divina, tambien el vínculo lo es, y la reunion es tal, que cada parte obra con la fuerza del todo. Por esto nuestros predecesores que tantas veces dijeron en sus concilios, que en sus iglesias obraban como vicarios de Jesucristo y sucesores de los apóstoles, á quienes envió inmediatamente; dijeron tambien en otros concilios, como hicieron los papas en Châlons, en Viena y otras partes, que obraban en nombre de S. Pedro, *vice Petri*, por la autoridad dada á todos los obispos en la personas de S. Pedro. . . . Como vicarios de S. Pedro, *vicarii Petri*, lo dijeron aun cuando obraban por su autoridad ordinaria y subordinada, porque todo se puso primeramente en S. Pedro; y es tal la correspondencia en todo el cuerpo de la Iglesia, que lo que hace cada obispo, segun la regla y en el espíritu de la unidad católica, lo hacen con él toda la Iglesia, todo el episcopado, y la cabeza de éste.

Si nos parece tan bella la naturaleza porque todos los séres se enlazan desde el infinitamente pequeño hasta el infinitamente grande; si la unidad en las obras científicas, artísticas y literarias ecsalta la imaginacion y eleva el ingenio hasta el estasiarle; ¿quién dejará de esclamar con Bossuet: "¿Comprendeis ahora esa inmortal belleza de la Iglesia católica, en la que se reune todo lo bello y glorioso que han tenido todos los lugares, todos los siglos presentes, pasados y venideros? ¡Qué hermosa sois en esa union, Iglesia católica, y al mismo tiempo qué fuerte!" ¿Quién no reconoceria en ella por ese augusto carácter la verdad que emana de los consejos de Dios?

Como ninguna verdad puede proceder sino de Dios, no es dado á la Iglesia hacer los dogmas: solo puede enseñarlos: está encargada de esplicarlos y definirlos; pero no puede tener derecho á tocarlos. Seria un grandísimo error tratar las verdades religiosas como las ciencias naturales, y creerlas sujetas á las mismas transformaciones y á iguales vicisitudes. No deben considerarse bajo el mismo aspecto, porque las ciencias naturales son patrimonio del hombre; lo que las condena á ser como la inteligencia humana eternamente progresivas é incompletas: progresivas, porque cada generacion científica, procediendo de lo conocido á lo incógnito y de los descubrimientos á los esperimentos, añade algo á la suma de observaciones recogidas por las generaciones precedentes: incompletas, porque poniendo al hombre frente á la nocion, Dios se ha reservado el supremo conocimiento, y no levanta nunca enteramente el velo que le oculta á nuestras miradas. Los pensamientos de los hombres pasan así á otros hombres para ser modificados, aumentados ó reformados; pero la doctrina católica no tiene que sufrir las debilidades humanas de la correccion y de los retoques. En tanto que todas las producciones del talento del hombre no son mas que el monumento triste de la insubsistencia y de las contradicciones de la razon humana, ecsiste sobre nuestros descubrimientos parciales la verdad



una, eterna, inalterable, independiente de los esfuerzos que se hacen para menoscabarla, de los acerados tiros del sarcasmo de que es objeto, de los ignorantes que la desconocen, y de los penosos progresos de los ingenios laboriosos en sus investigaciones. Revelándonosla Dios ha querido que dominase en el mundo, y que el entendimiento humano la viese brillar como estrella benéfica, siempre pronta á guiarle en su camino. Esta inmovilidad que se le censura, es el carácter y la prueba de su certidumbre indestructible. No puede uno menos de admirarse ante el majestuoso conjunto y la magnífica uniformidad de las verdades que el catolicismo ha propagado, ligando todos los tiempos y todos los lugares. Nada se ha obrado en él como modificacion, sino como consecuencia: bajo este respeto se ha abstenido siempre de toda clase de novedades. "Los dogmas jamás han cambiado, ha dicho con mucha razon el autor del Ensayo sobre el panteismo. En las grandes épocas de las divinas revelaciones se agregaron nuevas verdades á las verdades antiguas; pero lejos de destruirlas no hicieron mas sino confirmarlas y esplanarlas. La perfecta relacion del Antiguo y del Nuevo Testamento y la inmutabilidad del símbolo católico son pruebas irrecusables de esta perfecta unidad." La doctrina católica es invariable en todas sus partes é idéntica en sus dogmas y en las reglas de fé. Ingerida en todos los climas, bajo todas las formas de gobierno, entre los pueblos mas bárbaros como en las naciones mas civilizadas, no ha tenido necesidad de modificarse. Libre de las condiciones del espacio que pesan sobre todas las cosas humanas, se le ve atravesar todos los siglos, inalterable en su esencia, sobreviviendo á todas las heregías, y nadando en su pureza sobre las olas del tempestuoso mar, que sucesivamente traga todos los sistemas. Su símbolo ha atravesado diez y ocho siglos en medio de las contradicciones y de los errores, herido con la espada, amenazado de ser despedazado por los cismas, combatido por la filosofía, y conculcado por el libertinaje. Y sin embargo no hay un solo artículo de su inmutable símbolo que no haya sabido el catolicismo defender de los inquietos planes del hombre, y ninguno de los sagrados límites fijados al derredor de nuestra inteligencia que la mano temeraria de los novadores no haya intentado vanamente remover.

Si consultamos los monumentos, se descubre una tradicion que jamás ha variado: como que la fé de hoy nada tiene que temer de la de ayer, porque es la misma fé de todos los tiempos, una sensible manifestacion de la unidad de la razon infinita. Esta unidad ha podido ser embestida á la fuerza, combatida con los artificios y denigrada con calumnias; pero esas violencias, esas astucias y esos escándalos ni pudieron ni podrán jamás servir sino de glorificarla. Tambien podrán aparecer nublados que la obscurezcan; mas no la eclipsarán. ¡Cuán bello es contemplar la majestuosa unidad de la doctrina católica en el seno de las fluctuaciones del entendimiento humano, de la diversidad de las opiniones, que se atraviesan ó escluyen, y entre los sistemas que se hunden y los que se levantan! La completa renovacion obrada por el Verbo eterno, proclamando la verdad, resuena aun en toda su integridad en el seno del catolicismo sin liga de doctrinas heterodocsas, tal como nos la transmitieron los apóstoles. Si algunos espíritus temerarios intentaron á veces apartarse de esta doctrina y contradecirla, sin duda que la Iglesia ha determinado entonces el sentido permanente de esta doctrina divina, pero no ha añadido nada de invencion humana. Jamás hace otra cosa que dar esplicaciones á lo que siempre se habia creido.

Hácia el siglo XVI se trató de romper esta unidad de fé con el especioso pretesto de la reforma. El género humano no debia ya admitir creencias dictadas por la autoridad de la Iglesia: la razon individual fué llamada á formar la fé: cada hombre pudo estender su símbolo. Desde entonces se puede preveer, antes que la misma esperiencia lo demostrase, que no se tardaria mucho en contar tantas profesiones de fé como individuos, tantas doctrinas como meses ó dias en el año: porque una vez libre la razon de toda autoridad traspasa ó destruye todos los diques, que podrian oponerse al flujo y reflujo de los pensamientos humanos y á las diferentes impresiones, cuya influencia provechosa ó nociva tiene que esperimentar ella misma. Por eso el teólogo protestante Leslie reconoce que está en la naturaleza del juicio individual abortar gran variedad de opiniones contrarias, y que ese es el móvil de todas las guerras y de todas las discordias. Separóse pues una rama del tronco de la creencia universal. Desde entonces cada dia se han erigido nuevos dogmas entre aquellos á quienes nunca hemos cesado de amar como hermanos. Ellos rodearon nuestra cuna, y las honrosas relaciones que con algunos nos han conservado las épocas y los lugares, nos hacen estimar dignamente la fortuna de haberlos conocido. Por muchos esfuerzos que hagan para mantenerse distantes de nuestras creencias, jamás conseguirán romper los sagrados lazos que nos unen con sus personas. ¡Qué no pueden leer en nuestros corazones los sentimientos que les profesamos! ¡Ojalá deduzcan del principio evidente de la unidad absoluta de la verdad, que nuestro deber comun es respetar las opiniones libres de cada uno en política; pero en materia de religion adherirnos á la doctrina, que sola es una y verdadera!

Por no haberse penetrado íntimamente la Francia de este incontestable principio, ensayó en 1790 formar una iglesia nacional. Desgarrando la unidad de la Iglesia romana, la constitucion civil del clero no atentaba menos al poder espiritual de los papas, que al temporal de los reyes. Deploró el mundo cristiano este suceso como una profunda llaga moral de que se veia amenazado, y que no era por título alguno justificable. Era una estraña novedad que abria la puerta á todas las demás.

La asamblea constituyente, con todo su talento, su ardiente entusiasmo y el ascendiente de sus nuevos principios, no logró mas que crear una iglesia decrépita desde su nacimiento y repugnante por sus